

Indestructibles, de Xavier Aldekoa, es demasiado:

Se nota en muchos momentos que la obra está escrita por un periodista, que por suerte o por desgracia, sabe describir los escenarios, las personas, los lugares y las emociones con una habilidad pasmosa; una habilidad de retratar lo que es, aunque impacte, la verdad.

Indestructibles va de eso, de conectar con la gente que protagoniza los relatos, con los lugares que ocupan y con los conflictos que se nos presentan. Y lo que muchas veces me ha impactado sobre todo lo demás es que esto que leemos es real, tal cual pasa se nos retransmite a nosotros, a través del libro, porque para algo es una crónica periodística y no una novela que, si bien parece tener un hilo conductor central (que es la historia desde su nacimiento a parte de su infancia de la hija mayor del escritor), la mayor parte del tiempo nos habla de diversas historias distintas que ocurren por motivos muy diferentes.

Y como es una obra sin espacio para la ficción, me duele que esté tan bien escrita.

Hacia bastante tiempo que no lloraba con un libro, y puedo asegurar que “Indestructibles” lo ha conseguido y más de una vez; eso es lo que me hace querer tanto a esta obra, que no me dice lo que quiero oír, ni lo que no quiero oír, sino lo que pasa. Hay poco espacio para desarrollar nada que no sea lo que explícitamente pasa o ha pasado en la realidad, y cuando eso pasa, pues bueno, el libro puede ser muy bueno. Y lo es, ya he dicho que es magnífico.

Pero no creo que sea por las historias que forman parte de su narración, al menos no simplemente eso; es obvio que desde desde la historia que nos introduce el libro al principio, de Marceline y su ímpetu por ir a clase y cumplir su sueño de ser profesora, hasta las historias de Boko Haram, o sobre la escasez de agua de los pueblos nómadas de Namibia, son historias interesantes, que merecen ser contadas, pero una voz omnisciente como narradora de éstas no tendría el mismo efecto sobre el que lee (o escucha) las historias.

Y es que, como ya he dicho antes, se nota muchas veces que el escritor es un periodista; un periodista que ha estado ahí mientras lo que cuenta sucedía o que, al menos, conoce las historias de fuentes directas, de su propia vista, de su propio oído.

Un narrador que no es protagonista de sus historias (con contadas excepciones) y que es un personaje más en decenas de historias que él se limita a contar o tener un papel muy secundario. Me gusta tomar siempre como ejemplo el capítulo “Cruz de Likasi”, en el cual el escritor es directamente consciente de los problemas de la zona cuando sube con un grupo de veinteañeros que llevan toda la vida conviviendo con un ambiente de explotación laboral en la minería a una colina donde fuman marihuana cuando cae el atardecer y le cuentan la situación de la propiedad de las minas directamente a él; lo que hace que este libro sea tan especial no es que la fuente sea tan directa, sino que, a la vez que esta gente le habla de que los chinos y los estadounidenses han comprado las minas, hablan de fútbol, de cómo los mejores futbolistas africanos se van a Europa, para acabar llegando a una conclusión: hemos hecho daño en África, y desde minerales hasta jugadores de fútbol, los blancos nos lo llevamos todo.

Y por desgracia, muchas historias acaban con este tono amargo. Y por desgracia, esa es una parte de la identidad del libro y de lo que se nos enseña de África y su gente: todo es difícil, y a veces los avances tecnológicos y sociales facilitan las cosas, pero todo sigue difícil.

Y gracias a esto surge la otra parte importante de la personalidad del libro: la insumisión.

Según la RAE, el adjetivo “insumiso/a” significa “que no se deja someter o dominar por la fuerza de las circunstancias o por la autoridad de otros”. Y creo firmemente que “Indestructibles” está lleno de relatos protagonizados por gente insumisa. Gente que es pisoteada por la situación, por el poder, por el sistema, y aún así, se levanta por un sueño.

Ya puede haber sido una enfermedad que se ha llevado a la mitad de tu familia, una tradición que te tacha de maldito, llevar años explotado en una mina, ser una niña de 12 años que tiene que despertarse a las 5 de la mañana para ir a vender leña mientras quiere ir al colegio o una niña obligada a casarse con 13 años con un hombre de 25.

Hay muchas posibilidades, pero el resultado parece siempre ser el mismo: no se rinden. Siguen adelante, por motivos varios, como sueños, familiares a los que quieres ayudar, un futuro digno y mejor para sus familias o su descendencia... la cuestión es que nadie les frena.

Si necesitas sacar algo de este libro, creo que debería ser eso. Indestructibles es el libro de la gente que se rebela contra su destino, le planta cara y le sostiene la mirada. Y lucha por poder seguir soñando, aunque la realidad y la situación no lo quieran.